

cuales se habla, son tan necesarios como los demás porque unos y otros se derivan de la acción de las mismas leyes.

Como se ve, Lange es partidario del mecanicismo de los darwinistas; acepta y elogia el principio de la selección natural, deseando únicamente completar esta teoría con algunos principios accesorios: «Estamos en todo de acuerdo con Kölliker, dice, acerca de este punto: es preciso admitir causas positivas é internas de desenvolvimiento para las formas orgánicas, pero nada hay de sobrenatural ni de místico en estas leyes internas del desenvolvimiento»; aquí, pues, no se trata más que de principios mecánicos. «La aplicación rigurosa del principio de causalidad y la eliminación de toda hipótesis obscura sobre las fuerzas que se resuelven en puros conceptos, deben por necesidad mantenerse en nuestro principio y dirigir todo el dominio de las ciencias de la naturaleza; y aun cuando este desenvolvimiento sistemático de la concepción mecánica del universo pudiera disgustar y herir nuestros sentimientos, tiene su compensación en otro terreno como lo demostraremos amplia y oportunamente.» El modelo de la falsa teleología, que Lange combate, cree hallarlo en la *Filosofía de lo inconsciente*; nosotros mismos, en el prefacio de esta obra de Hartmann, señalamos tan graves defectos, pero sería injusto no tener en cuenta las correcciones que ha hecho después el autor, acerca de este punto, en el capítulo final de su opúsculo sobre *El Darwinismo*, en el apéndice de la séptima edición de aquella obra, y, sobre todo, en la segunda edición de su libro, antes anónimo, *Lo Inconsciente desde el punto de vista de la fisiología y de la teoría de la descendencia*.

Sin embargo, existe una teleología verdadera que Lange encuentra en Kant y en Fechner mismo, como ejemplos notables, á pesar de ciertas exageraciones. Desde el momento en que se admite que el mundo está constituido de tal modo que permite una explicación mecánica inteligible, aún cuando pudiera estar dispuesto de otras mil maneras inaccesibles á nuestra inteligencia, se reconoce implícitamente que hay una finalidad en las cosas; y de que el mecanicismo no realice la correlación orgánica más que á fuerza de tanteos y de abortos sin número, no por eso es menos verdadero que esta manera de lograr su fin recompensa, por su generalidad y su simplicidad, lo que parece tener de grosera si se la compara con los procedimientos tan sutiles del arte humano. Sea como quiera, es lo cierto que el mundo actual es un caso especial entre otros muchos y, por consecuencia,

admite en su conjunto una explicación teleológica; pero, aunque concebamos el mundo particular de los organismos ó el gran organismo del universo entero como productos de un arte inteligente, esto nada nos enseña acerca del detalle de los fenómenos, ni influye en que el mecanicismo sea el método exclusivo de la investigación científica. Léase el profundo análisis que hace Dubois-Reymond en su hermoso discurso acerca de *los límites del conocimiento científico*, si se quiere apreciar toda la importancia del mecanicismo: «Apoyándose en una afirmación de Laplace, Dubois-Reymond demuestra que un espíritu que conociese, aunque fuera en un espacio reducidísimo de tiempo, la posición y el movimiento de todos los átomos del universo, podría deducir, aplicando las reglas mecánicas, todo el porvenir y el pasado del mundo, y, por una aplicación conveniente de la misma fórmula mecánica, nos diría lo que fué la máscara de hierro y dónde y cómo pereció el presidente norteamericano Lincoln. Como el astrónomo predice muchísimos años antes de que ocurra cuándo de las profundidades del espacio surgirá un cometa en la bóveda celeste, así el espíritu á que nos venimos refiriendo leería con la misma exactitud en sus ecuaciones qué día la cruz griega brillará de nuevo en la cúpula de la mezquita de Santa Sofía en Constantinopla y en qué fecha Inglaterra quemará su último pedazo de carbón de piedra. Todas las cualidades que atribuimos á la materia proceden de nuestros sentidos. La frase de Moisés: «la luz fué», es un error fisiológico; la luz no apareció hasta el día en que un infusorio tuvo el primer punto visual rojo é hizo por vez primera la distinción entre lo claro y lo oscuro... Mudo y sombrío en sí, es decir, sin ninguna de las propiedades que debe á la intermediación del organismo del sujeto, tal es el mundo que nos revelan las investigaciones objetivas de la intuición mecánica; en vez del sonido y de la luz, la ciencia no conoce más que las vibraciones de una materia primitiva, ya sea desnuda de toda propiedad, ya sea pesada ó bien escape á todo examen.»

La más pequeña infracción de las reglas del mecanismo universal, perturbaría los cálculos y trastornaría las ecuaciones; como dijo Espinosa más enérgicamente aún: «La anulación de un solo átomo destruiría el mundo»; no hay, pues, libertad ni finalidad en el mundo del movimiento, porque sus leyes son necesarias y no puede perturbarlas cosa alguna. Si Lange destierra de la ciencia la teleología en nombre del gran principio del mecanicismo, menos podía admitir



la psicología tradicional; puesto que científicamente no tienen comprobación y demostración más que las relaciones matemáticas de los fenómenos, y puesto que para la ciencia todo se reduce al movimiento de la materia, dedúcese que no hay, propiamente hablando, ciencia de los hechos psicológicos, los cuales, como entendió muy bien Descartes, tienen por característica esencial escapar á la extensión y constituyen la antítesis del movimiento material. Kant no se penetró menos profundamente de esta verdad, cuando en el prólogo de sus *Principios metafísicos de la ciencia de la naturaleza* dice que la psicología se halla aún más lejos de la ciencia que la química, porque sólo hay ciencia allí donde los objetos son capaces de explicaciones matemáticas y se relacionan con la extensión y el movimiento; también en su *Antropología* hace el proceso de los incurables vicios de la psicología y del método favorito de la mayor parte de los psicólogos, el de la observación directa por la conciencia. Lange toma y desenvuelve las objeciones del padre de la filosofía crítica; el capítulo en que analiza los defectos de la psicología tradicional, indicando los remedios que convienen á sus males, es, sin disputa, uno de los más instructivos de la obra. Como Kant, se subleva enérgicamente contra la distinción consagrada del sentido externo y del sentido interno. «¿A qué viene esta distinción de lo interior y de lo exterior? Yo no puedo tener representación alguna fuera de mí; ver y pesar son hechos internos tanto como externos... No es difícil apreciar que la naturaleza de toda observación es siempre la misma; la única diferencia consiste en que unas observaciones pueden hacerse con nosotros ó nosotros con nosotros semejantes, y otras (las que hacemos directamente en nosotros mismos) escapan á esta apreciación y examen.

El método somático exige, sobre todo, que «en la investigación psicológica nos atengamos, cuanto sea posible, á los procesos corporales que van asociados de un modo indisoluble y regular á los fenómenos psíquicos; este es el método que en estos últimos tiempos han aplicado los psicólogos ingleses, Spencer, Bain y Lewes, y el cual recomienda Lange como el verdadero método de la psicología científica. Hay que empezar por desprenderse de todas las especulaciones de la psicología antigua sobre la naturaleza del alma; el psicólogo debe ignorar que el alma exista; ¿qué se diría de un físico que probase la necesidad de definir y demostrar la esencia de la materia al principio de un tratado de física? El corto número de obser-

vaciones psicológicas un poco exactas que hasta aquí se han hecho, no autoriza en modo alguno la afirmación de la existencia de un alma; sostener esta hipótesis es seguir el influjo de la tradición ó una secreta protesta del sentimiento contra las áridas doctrinas del materialismo. «Los hechos sólo permiten suponer que (los pensamientos) esos efectos de la acción simultánea de las simples sensaciones descansan sobre condiciones mecánicas que quizá llegaremos á descubrir con los progresos de la fisiología. La sensación y, por lo tanto, toda la vida espiritual, no son más á cada paso que el resultado transitorio de la acción combinada de una infinita variedad de actividades elementales asociadas de una manera infinitamente diversa y que pueden localizarse en sí, como es posible localizar los tubos de un órgano, pero no las melodías que ejecuta.» De aquí no se deduce que no exista, á título de explicación empírica y provisional siempre, otra psicología posible que la psicología somática; Stuart Mill tiene razón contra Comte cuando defiende el derecho á la existencia de una psicología independiente de la fisiología. Comte sostenía que los fenómenos espirituales escapan por su naturaleza á todo determinismo, que deben su regularidad en absoluto á los estados fisiológicos, de los cuales son producto ó en los cuales se hallan envueltos; Stuart Mill, por el contrario, sostiene la legitimidad de la psicología fundada en el principio de la asociación. He aquí ahora la opinión de Lange en tan interesante controversia: «Mientras la doctrina de la asociación de las representaciones pueda fundarse en los datos de la experiencia, tiene derecho á ocupar un sitio en la ciencia, téngase la opinión que se quiera sobre el fundamento último de las representaciones con relación á las funciones cerebrales... Hechos bien comprobados y leyes establecidas por la experiencia tienen su valor propio sin que sea preciso remontarse á las causas últimas de los fenómenos, como nadie se creería autorizado para rechazar la fisiología de los nervios porque aun no se haya reducido á la mecánica de los átomos, la cual debe darnos los principios últimos de toda explicación de los fenómenos de la naturaleza.»

No es menos forzoso reconocer que, en la relación de los principios y de la autoridad científica de los resultados, la psicología de la asociación deja mucho que desear; Lange, entre otros críticos, niega que haya demostrado que la asociación de las representaciones pueda someterse á las reglas inflexibles de una causalidad inmanente. ¿Dónde encontrar un principio de unidad que sea



para la actividad consciente del pensamiento lo que el principio de la conservación de la energía para la actividad fisiológica del cerebro y que permita reducir á leyes los estados variables de la conciencia, como se hace con las modificaciones mecánicas de la materia cerebral? «Todo el contenido de la conciencia puede descender del más alto grado al cero de la energía mental, mientras que, con relación á las funciones correspondientes del cerebro, la ley de la conservación de la energía tiene invariablemente todo su valor. ¿Dónde está, pues, la posibilidad de una exactitud, por mínima que sea, en la psicología de la asociación? La psicología de la asociación no puede dar más que probabilidades empíricas, puesto que carece de un principio de medida; se ve á Lange inclinarse del lado de la fisiología cerebral y de la fisiología de los reflejos; no concede, en una palabra, un valor riguroso en psicología más que al método somático. En resumen: el método científico, para él, es el método mismo de las ciencias físicas, la deducción y la inducción matemáticas y, ésta última, á título de método provisional, como ya mucho antes lo había enseñado Leibnitz. No es posible imaginar una concepción más precisa y al mismo tiempo más conforme con las exigencias del método de las ciencias positivas.

No se preocupa menos Lange de salvar los principios del mecanicismo científico de las faltas que cometen los mismos sabios cuando tratan de defenderlos contra los partidarios de la finalidad y de las hipótesis *a priori*, ó sea, de la observación, mediante el sentido íntimo; en esta profunda crítica de todas las ciencias, que ocupa el segundo volumen, unos y otros son juzgados con no menos consideración y con igual independencia. Si Lange censura á Liebig su pretensión de que la ciencia no debe de admitir tan fácilmente períodos ilimitados para la realización de sus hipótesis, no menos vitupera á Lyell el sostener la eternidad del mundo actual; el naturalista, según él, al tratar este asunto entra en un terreno que no le pertenece; estas son cuestiones reservadas á la filosofía. Falta igualmente á Liebig el sentido crítico, tan necesario al sabio como al filósofo, cuando sostiene que la química no logrará fabricar en los laboratorios con todos sus aparatos el más pequeño organismo, ni aun el más elemental, porque la experiencia no haya demostrado hasta aquel entonces que esto sea posible, porque no hace muchos años se afirmaba también que no se podía producir

artificialmente la materia orgánica y sabido es que la síntesis química ha dado al traste con esta aserción.

¡Con qué fuerza de razonamiento Lange expone y discute las hipótesis recientemente admitidas sobre la extinción del calor y de la organización en nuestro sistema planetario, así como también sobre la posibilidad de un renacimiento indefinido de la vida en mundos diferentes del nuestro! Aunque se inclina por cuenta propia á la idea kantiana de la renovación sin fin de la actividad creadora, nos recomienda y sabe practicar él mismo una alta y serena resignación á la ignorancia en todos aquellos problemas de los cuales una sana crítica nos veda la solución inmediata ó eterna; no participa de la fe sentimental del materialista Czolbe, ni de las ilusiones ingenuas de las creencias populares acerca del principio y fin de las cosas. No se distingue menos en la cuestión de las generaciones espontáneas, dando su parte á la experiencia y la suya á la razón; la segunda no puede afirmar en nombre del principio de causalidad lo que la primera no ha podido aún probar con éxito, y que quizá sea siempre impotente de descubrir, ya á causa de la existencia actual ó bien por lo grosero de nuestros órganos.

Pero en las cuestiones tan controvertidas de la antigüedad y de la descendencia simia del hombre es donde el trabajo de Lange interesa sobre todo. Se ve, con su ejemplo, cómo el filósofo ha de mantenerse á igual distancia del respeto supersticioso ó interesado hacia la tradición de un Wagner y de la incredulidad paradójica y vanidosa de un Büchner: «En cuanto á la edad que debe asignar á los restos de hombres fósiles, descubiertos en las cavernas de Engis y de Engihoul, en el valle del Somme, y más recientemente en Cro-Magnon, en Aurillac y en Hohlenfels, las opiniones son tan variables y divergentes que de todo ello tan sólo se deduce la gran incertidumbre que arrojan cuantos cálculos se han hecho hasta el día; hace una docena de años se admitían, por lo general, períodos de cien mil años; hoy se ha efectuado una gran reacción contra esas hipótesis, aunque los materiales concernientes al hombre de los tiempos diluvianos se acrecienten de un modo considerable y se hayan descubierto huellas de la existencia del género humano en la época terciaria.» En el examen de esta cuestión, como en la de la descendencia del hombre, es preciso descartar los prejuicios religiosos ó políticos no menos que el orgullo y la pasión; «y entonces veremos que provenir de un cuerpo animal que ha llegado



ya á un alto grado de organización, y en el que la fuerza creadora hace brotar en un momento dado la luz del pensamiento, es más conveniente y más agradable que salir de un pedazo de barro»; y dice por último: «así, hasta por motivos psicológicos, no se puede prescindir del parentesco original del hombre con el mono, á menos que no se le considere á éste y al chimpancé animales demasiado bondadosos y pacíficos para que de ellos hayan nacido esos trogloditas que triunfan del león gigante de los antiguos tiempos, y que, después de haberle hendido el cráneo, beben con ansiedad su cerebro humeante».

La crítica que hace Lange de los extravíos de la falsa ciencia espiritualista, no es menos acerba que la que consagra al materialismo infantil de la frenología y de la fisiología con pretensiones de ciencias. Los frenólogos, desde Gall hasta el doctor Castle, se han alucinado con las denominaciones equívocas y las arbitrarias divisiones de la psicología tradicional; localizando las facultades no hacen más que abstracciones, dar cuerpo á quimeras y poblar el cerebro de almas y de entidades múltiples. Otro tanto se debe decir de los fisiólogos; en el mismo Pflüger, cuyos sabios descubrimientos de los reflejos han abierto nuevas vías á la ciencia, este defecto es muy visible; hasta después de los trabajos de Meynert sobre la anatomía cerebral de los mamíferos, de las interesantes experiencias de Hitzig, Ferrier y Nothnagel sobre la fisiología del cerebro, la fisiología no se ha hecho verdaderamente experimental, acabando así decididamente con las hipótesis y las abstracciones. Nunca la ciencia positiva, como ella misma se llama, fué disputada con más calor y autoridad; ciertamente los sabios no podían exigir ni esperar de un filósofo una inteligencia más clara de sus métodos, una solicitud más ilustrada y afanosa por la integridad é independencia de sus principios, ni tanto celo, en fin, por la reivindicación de sus derechos; Lange defiende la ciencia, tanto combatiendo la timidez ó la inconsecuencia de sus partidarios como luchando contra las pretensiones y la hostilidad de sus enemigos; sostiene el mecanicismo con todo el rigor de sus leyes, proclamándole como regla única y medida inflexible de toda certidumbre científica, y presentándole como el fundamento de toda explicación, de donde todos toman sus verdades sin que puedan prescindir de él más que provisionalmente.

Si Lange se hubiera detenido aquí, habría hecho sin duda bas-

tante por la causa de la ciencia pero nada por la de la filosofía, y su obra fuera entonces un comentario sólo de los principios y de los métodos de la filosofía positiva ó exclusivamente científica, adecuado á los problemas que en la actualidad nos preocupan; pero Lange comprende que la tarea del filósofo es otra que la del sabio; este último busca una explicación de los hechos que nos permite gobernarlos más bien que comprenderlos; pero el espíritu no se contenta con saber que el mecanicismo ó la aplicación del principio de las causas eficientes nos ayuda, como decía Leibniz, «á obtener fenómenos»; quiere más. Lo que propiamente hablando caracteriza al filósofo y le distingue del sabio, es la necesidad de interrogarse acerca del fundamento de los principios y del valor lógico de la certidumbre científica; el deseo de llevar tan lejos como sea posible nuestro conocimiento de la verdad, llenando los vacíos de la experiencia y del cálculo y satisfacer nuestros instintos del bien y de lo bello así como las aspiraciones de nuestra imaginación y de nuestros sentimientos, con los cuales nada tiene que ver el sabio, antes bien, debe prescindir y defenderse de ellos. Evidentemente el materialismo no responde á estas nuevas necesidades del alma filosófica, y el mismo Lange, á quien hemos visto glorificar los servicios hechos por el materialismo á la causa de la ciencia, se complace ahora en hacer resaltar su irremediable pobreza y sus vicios incurables.

El materialismo afirma la existencia de la materia y del movimiento, pero ¿qué son éste y aquélla? En todos los tiempos (Demócrito y Epicuro en la antigüedad, Gassendi, Hobbes, la Mettrie y Holbach en los siglos xvii y xviii, como Moleschott y Büchner ahora) hemos obtenido respuestas contradictorias ó insuficientes. Tan pronto la materia parece reducirse al movimiento como al principio misterioso del movimiento y del pensamiento; aquí se resuelve en una colección de átomos y más allá se identifica, bajo el nombre obscuro de naturaleza, con el principio universal y único de la vida. Cuando los materialistas definen la materia como el átomo en movimiento, no analizan lo suficiente las ideas de materia y movimiento para advertir que suponen las de tiempo y espacio, y que éstas á su vez entrañan una cuestión filosófica; al contrario, por un sofisma grosero, no vacilan en derivar las ideas de tiempo y espacio de las de materia y movimiento. El átomo, al cual los materialistas reducen la materia, no es un dato del sentido y, no obstante, invo-



can la experiencia como único principio de toda certidumbre; el cálculo matemático les sirve para interpretar los datos de la experiencia, pero no se preocupan de cuáles sean los títulos y la naturaleza de esta interpretación; si algunos de ellos, como Tenerbach, hacen de la sensación el principio de toda realidad, no ven que la sensación es otra cosa diferente de la materia, y, en fin, se creen dispensados, con el átomo, de explicar el pensamiento más elemental.

Este es, como Lange lo repite á cada paso, el punto vulnerable del materialismo, y sólo á costa de perpetuas contradicciones, de obscuridades calculadas ó de imperdonables ligerezas, es como eluden la dificultad. Inspirándose en Dubois-Reymond y en Zoellner, Lange resume su argumentación contra la insuficiencia teórica del materialismo en dos proposiciones que creemos oportuno citar: «1.<sup>a</sup>, el materialismo confunde una concepción teórica, una abstracción (la materia) con la realidad; del dato inmediato de la conciencia, de la sensación, hace una pura apariencia; 2.<sup>a</sup>, la sensación es un hecho más fundamental que el movimiento material». El materialismo no es menos impotente ante la necesidad del ideal; el arte, la moral y la religión no entran en su metafísica; léase en el tomo I la ingeniosa refutación de la estética materialista de Diderot y de las insostenibles concepciones de Holbach sobre la moral y la religión; medítese sobre todo el último capítulo del tomo II, y se reconocerá sin esfuerzo que nadie ha tenido el sentimiento más profundo de las debilidades del materialismo que este historiador que se ha mostrado siempre como su más autorizado intérprete y su abogado más convencido. «El materialismo es el primer peldaño, el más bajo, aunque comparativamente sea el más sólido de la filosofía; estrechamente unido á la ciencia de la naturaleza, sólo se convierte en un sistema traspasando sus límites; sin duda la necesidad que domina en el sistema de las ciencias naturales da, á cualquier otro que se apoye directamente en ellas, una certidumbre igual en todas sus partes en un grado notable; la certidumbre y la necesidad de cada elemento recae en el sistema mismo, pero esta es una apariencia ilusoria. Lo que hace del materialismo un sistema, la suposición fundamental que une todas las ciencias particulares en un todo sistemático, no es sólo la parte más hipotética, sino la que menos resiste á la crítica». El materialismo tiene también el mérito de intervenir útilmente cuantas veces los

derechos de la ciencia son desconocidos ó puestos en duda por la metafísica. «Toda explicación falsa de la realidad hace vacilar la base misma de nuestra existencia espiritual. En la contradicción de los sueños metafísicos, que pretenden penetrar en la esencia de la naturaleza y descubrir por la virtud de meros conceptos lo que la experiencia sólo puede enseñarnos, el materialismo es, como contrapeso, un verdadero bienhechor». «El hombre, sin duda alguna, tiene necesidad de completar el mundo real con un mundo ideal creado por él, y las más altas funciones de su espíritu colaboran en estas creaciones; pero los productos de esta libre actividad, ¿continúan presentándose bajo la forma de un saber demostrativo? Pues en tal caso el materialismo renacerá siempre para destruir esas especulaciones audaces y satisfacer la necesidad de unidad del espíritu por la síntesis, que por lo menos se funda en los datos de la realidad y de la demostración. Pero el reconocimiento debido á tales beneficios no ha de hacernos olvidar «que es, á más de su insuficiencia teórica, pobre en estímulos, estéril para el arte y la ciencia é indiferente ó egoísta en las relaciones sociales». Como se ve, la metafísica del materialismo no es la metafísica de Lange.

Si tratásemos de definir la metafísica de este autor, sería menester agrupar los detalles esparcidos en todo el transcurso de su obra. Aunque sea difícil deducir una metafísica sistemática de las afirmaciones tan múltiples de Lange y señalar una preferencia fija al través de los numerosos testimonios de su móvil simpatía, parece ser el modelo al cual se aproxima más el idealismo moral y religioso de Fichte. A pesar de ciertas declaraciones escépticas, en su teoría del conocimiento no rehuye, como este último filósofo, dirigir una mirada al mundo de *las cosas en sí*, y, sostenido por su fe moral, levanta una punta del velo que nos oculta el misterio. «La ciencia no es la menos contrariada en su marcha conquistadora porque la fe ingenua en la materia se desvanezca, porque detrás de la naturaleza se descubra un mundo infinito, que tal vez sea la misma cosa considerada desde otro punto de vista, y porque esta nueva faz de las cosas hable á todas las aspiraciones de nuestro corazón y encuentre en ella nuestro yo la verdadera patria de su ser íntimo, mientras que el mundo de los átomos y de sus eternas vibraciones le parece extraño y frío». Se reconoce en estas líneas un eco del pensamiento de Fichte, cuya doctrina contiene muchas excelencias para Lange porque amalgama íntimamente el sentimiento religioso



y la preocupación social en la inspiración metafísica. Fichte ha comprendido, según él, que sólo la religión comunica una verdadera eficacia al sentimiento que el individuo tiene de su dependencia frente á todo; ella sola da el imperativo categórico del deber para contrarrestar el empuje de las pasiones; penetrado de esta verdad, que la fe espontánea y el sentimiento de toda alma religiosa lleva al dogma y á las prácticas del culto, Fichte, bajo el nombre de filosofía de la religión, trató de conciliar la razón filosófica con las creencias tradicionales y fué también el primero «que promovió en Alemania la cuestión social».

Que el cristianismo transformado pueda realizar la misión moralizadora y social que ambos pensadores asignan á la religión del porvenir, ó que la idea religiosa haya de revestir otra forma, «lo cierto es que la religión venidera deberá reunir dos cosas: una idea moral capaz de enardecer á todo el mundo y una tentativa de regeneración social bastante enérgica para que levante de una manera apreciable el nivel de las clases oprimidas». Esta religión tendrá su clero, su culto, sus fiestas y sus cantos. Es curiosísimo seguir las discusiones que con este motivo se cruzan entre Lange y su amigo Uberweg; éste quiere que la religión del porvenir profese, como la del helenismo antiguo, el culto de la naturaleza y de la vida, infundiendo la serenidad y la alegría, «en oposición al cristianismo que abandona y olvida esta misión». Lange exige que la religión contenga á la vez enseñanzas para los desheredados y para los dichosos. «Pido que por lo menos se conserve, al lado del edificio nuevo y más riente de la religión futura, una capilla gótica para los corazones afligidos; deseo que en el culto nacional se instituyan ciertas fiestas que acostumbren á los felices de la vida á dirigir de vez en cuando sus miradas hacia los abismos del sufrimiento humano y á que sientan con los desgraciados y aun con los protervos la necesidad de una liberación común... Recuerdo muy bien que un día, en que mi amigo y yo conversábamos sobre la necesidad de conservar los mejores cantos de la Iglesia en el nuevo culto, Uberweg me preguntó qué canto de los libros protestantes adoptaría yo voluntariamente; y habiéndole respondido con la plena convicción del ideal que nos separaba, que el canto que principia así: «¡Oh cabeza cubierta de sangre y de heridas!...» Uberweg cambió de conversación y desde entonces renunció á hablar conmigo de la poesía religiosa del porvenir».

Allá, en lo venidero, ¿se elevarán nuevas catedrales ó se satisfarán sólo con mercados y talleres espaciosos y bien iluminados? El canto del órgano y el sonido de las campanas, ¿agitarán el aire con un nuevo poder, ó la gimnasia y la música al estilo griego serán las artes predilectas de una edad naciente? De todos modos, la obra del pasado no se perderá por completo; lo que prestó su servicio no vuelve á la vida sino modificado; en cierto sentido, las ideas de la religión son indestructibles. ¿Quién piensa en refutar una misa de Palestina ni en discutir la verdad de una madona de Rafael? En todos los tiempos el *Gloria in excelsis* ejercerá su imperio en el corazón del hombre y resonará al través de los siglos, mientras la sensibilidad del hombre sienta la religiosa emoción de lo sublime. La religión, sea la que fuere, es tan necesaria como la metafísica y el arte para completar la obra de la ciencia y asegurar el progreso de la sociedad. La humanidad no gozará de paz durable mientras no descubra en la poesía el principio inmortal que es el fondo del arte, de la religión y de la filosofía y sobre el fundamento de esta idea descansa el acuerdo definitivo de la ciencia y la poesía, ha largo tiempo entrevisto.

Entonces se establecerá una fecunda armonía entre la verdad, el bien y lo bello, que reemplazará á esa unidad muerta que castos los librepensadores y reformadores socialistas persiguen con tal pasión, y los cuales creen encontrar el principio único en la verdad empírica. Lange prevé que esta paz de las fuerzas del alma, tanto en el individuo como en la sociedad, no habrá de realizarse sin grandes y largos esfuerzos, sin penosas sacudidas y sin dolorosos derrumbamientos de las conciencias y de las instituciones seculares. «Los conflictos que se avecinan se dulcificarán si los hombres que estén al frente de la sociedad tienen clara inteligencia del desenvolvimiento humano y del proceso histórico; no hay que desesperar de que, en un porvenir más ó menos lejano, puedan efectuarse las más profundas transformaciones sin hondas y terribles luchas; esta sería, sin duda, la más preciosa recompensa para el pensador que lograra con su doctrina abrir, para la realización de ese ideal inevitable, un camino no ensangrentado por los sacrificios, ayudando á transmitir sin alteración alguna los tesoros de la cultura pasada á las generaciones venideras. Pero esta esperanza es tan débil... Sin embargo, el deber del pensador es hablar aunque sepa que sus enseñanzas no han de ser escuchadas